

Laura

Por Valentina Incapié*

Y ahí estaba yo en aquella capilla del pueblo cercano a mi antigua secundaria, prometiéndole ante una biblia y un cura mi amor eterno por Nick. Esta fue la decisión más difícil de mi vida. Recuerdo que esa tarde después de casarnos llegamos a una cabaña lejos del pueblo, que tenía un camino que nos llevó hacia un lago lleno de musgos donde sellamos el comienzo de nuestro amor náufrago.

Levanté a los niños para ir al colegio.

—Isabel, Jose, levántense. Ya está listo el desayuno.

Ellos bajaron y al poco tiempo el bus pitó, y salieron corriendo a subirse. Subí a la habitación del segundo piso. Nick seguía durmiendo. Me acosté con él y una mano acarició mi torso y bajó hacia mis piernas.

Miré abajo y era Manuel. Él estaba allí otra vez y yo dejé que me acariciara. En la habitación solo se escuchaba mi voz. Manuel, Manuel. Me comenzó a besar. Alcé mi mirada para verlo y ahí estaba Nick, besando mi mejilla y diciéndome cuánto me amaba. Yo con el corazón a mil le dije: ¿qué está pasando? Él me miró.

—Te quedaste dormida —dijo Nick.

En la cocina me serví un café bien cargado y me senté en el mesón. Mi corazón se estabilizó, pero yo seguía en shock. No podía creerlo. Otra vez había soñado con él.

Nick bajó al comedor y me dio el beso de cada mañana antes de irse al trabajo. Corrí hacia la habitación y me cambié de ropa. Salí a calentar el carro. La espera se me hizo eterna. Al fin eché a andar el auto.

En la sala estaba él. Me recibió con su sonrisa acostumbrada y con Pedro en los brazos. ■■■

* Estudiante del programa de Psicología de la Universidad Sergio Arboleda. E-mail: incapievalentinaisabel@gmail.com.